

A portrait of Albert Rivera, a man with dark curly hair and a serious expression, wearing a grey suit jacket over a white shirt. He is sitting and looking directly at the camera.

EL
CAMBIO
SENSATO
ALBERT
RIVERA

100 PREGUNTAS
100 RESPUESTAS

ALBERT RIVERA

EL CAMBIO SENSATO



© Albert Rivera, 2015
© Espasa Libros, S. L. U., 2015

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 6.882-2015
ISBN: 978-84-670-4406-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

ÍNDICE

ASÍ SE HIZO	9
RIVERA CONFIDENCIAL	11
VENCER AL PARO CREANDO EMPLEO	35
POLÍTICA LIBRE DE MANCHAS	55
CONTRA LA DESIGUALDAD CRECIENTE	77
EDUCAR CON CABEZA	91
CULTURA PARA TODOS Y PROPIEDAD INTELECTUAL	111
SANIDAD MÁS SANA	119
OXIGENAR LA ENERGÍA	133
IMPUESTOS, LOS JUSTOS	143
EL PAÍS QUE QUIEREN LOS CIUDADANOS	149
EUROPA, CÓMPLICE DEL CRECIMIENTO	169
EL ADN DE CIUDADANOS Y LA TERCERA VÍA	183

¿Eres partidario de mostrar parte de tu vida privada al estilo de los presidentes norteamericanos, como Obama, o te identificas más con el estilo de los españoles, más celosos de su intimidad?

Debemos diferenciar entre vida privada y vida íntima. Para quien está en lo público, pocas cosas privadas hay. Sueldo, ingresos, planes o agenda, todo esto yo lo hago público, porque forma parte de la transparencia que pedimos. Mi agenda es pública y está colgada en la web de mi partido. En mi *blog* publiqué mis ingresos, mis hipotecas, mis gastos de antes de presentarme como candidato. La vida íntima y familiar no hace falta exponerla, aunque soy consciente de que, al estar en la esfera pública, prácticamente todo acaba siendo público. Pero sí quiero proteger, en la medida de lo posible, a mi gente. Yo no quiero que mi hija sea «la hija de», ni para lo bueno ni para lo malo. Sencillamente, su padre está en política, pero espero que eso le afecte a ella lo menos posible y que sea una persona libre. Y lo mismo con mis padres

y con mi pareja. Pero con las redes sociales es complicado, porque yo no me escondo, mi vida es totalmente normal. Quizá sea una cuestión generacional, pero tengo menos recelo sobre mi vida privada que los anteriores presidentes, algo que probablemente cambia cuando se llega al Gobierno. Antes, Adolfo Suárez y Felipe González salían en el *¡Hola!* y ahora estamos en las redes sociales. En este punto me gustaría decir que una de las cosas de las que más orgulloso me siento después de este tiempo en política es de seguir saliendo con la misma gente y haciendo lo mismo que hacía en mi tiempo libre. Eso me da una estabilidad y una tranquilidad que valoro mucho. Los grandes deportistas de este país, como Rafa Nadal, Marc Márquez o Pau Gasol, siempre van acompañados de sus familiares, de sus parejas. Al final, uno acaba mostrando lo que es. No solo se trata de parecer cercano, sino de serlo.

El caso de Obama es especial. Ha logrado que la gente le perciba como un hombre bastante cercano y conectado con la realidad. Si algo ha hecho Obama ha sido revolucionar la política, que ya no es solo la gestión del Gobierno, sino, además, la gestión de la relación con los ciudadanos. Tener a más de cincuenta millones de personas siguiéndole en Twitter, o más de cuarenta y cinco millones de «me gusta» en Facebook es digno de estudio. El dominio sobre su imagen, bien entendida, sin ficción ni exageraciones, le convierte en el mejor presidente de Estados Unidos desde hace muchos años, seguramente desde Kennedy. En el aspecto mediático, Obama pasará a la historia.

El uniforme de líder político incluía, al menos hasta ahora, mujer e hijos, y una imagen distante y seria. ¿Qué imagen quieres transmitir?

La mejor guía es la autenticidad, ser uno mismo y no intentar aparentar lo que no eres. Porque se acaba notando. La imagen es importante, es absurdo negarlo. Es tan importante el fondo como la forma, y la imagen no deja de ser forma. Es lo que transmites al margen del discurso, tus valores; incluso el lenguaje no verbal expresa a veces más que el verbal. Soy muy consciente de la importancia de la comunicación. Personalmente, más que gestos, intento hacer lo mismo o lo más parecido a lo que hacía antes de estar en política: practicar deporte, utilizar el transporte público o mi propio vehículo y no ir en un coche oficial... Es una cuestión de salud mental. No tengo que decir que voy en el metro, pero la gente lo sabe porque me ha visto, y ya está. Si eres un tío normal, la gente lo percibe, y si no lo eres, también lo notará. Al final las máscaras y el cartón piedra se acaban cayendo. Habrá quienes necesiten fingir porque están fuera de la realidad, pero los que hemos nacido en una etapa en la que la política es distinta tenemos algunas ventajas; venimos como ciudadanos de una plataforma civil, de trabajar en el mundo de la empresa, de estudiar en la universidad, de viajar, de buscarnos la vida. Sin embargo, los que llevan tiempo de concejales de un partido, los que ya estaban en las juventudes de una formación y son como funcionarios de unas siglas necesitan recurrir al cartón piedra, pero difícilmente será creíble un maquillaje de última hora. Nosotros tenemos otras caren-

cias, porque no tenemos experiencia de gobierno, pero la sociedad es quien tendrá que valorar qué es lo que hoy vale más.

El verdadero cambio que se está produciendo en la política es el que estamos propiciando los que procedemos de fuera de la política. Entre los que siempre han estado ahí hay más un relevo de caras que un verdadero cambio de filosofía y de forma de ser. Eduardo Madina o Pedro Sánchez son ejemplos de jóvenes viejos, personas que llevan muchos años en la política, en el PSOE, y, además, arrastran una tradición de partido. No son ajenos a todo lo que ha pasado y, aunque es verdad que son jóvenes, la conexión con la sociedad no depende tanto de la edad como de lo que han hecho en la vida. Noto cierta ansiedad, sobre todo en los partidos grandes, por buscar caras frescas que sean una novedad, como las de quienes hemos nacido en esta última etapa política. Estoy hablando de Ciudadanos, de Podemos o de otros partidos recientes. Nosotros lo tenemos más fácil porque no tenemos que fingir. Tendremos otros defectos, pero no ese. La gente acabará sabiendo quién es quién.

Eres consciente de que mucha gente te tiene registrado en la cabeza desnudo. ¿Esa foto la hiciste para llamar la atención o era un mensaje subliminal sobre Ciudadanos?
Era una campaña de márketing puro y duro para entrar en un sistema político que, si hoy está cerrado, entonces estaba blindado. No hay que olvidar que Ciudadanos nació

hace ocho años, y ahora se habla de corrupción, de democracia y de regeneración democrática, pero no entonces, cuando intentábamos transmitir ese mensaje, y especialmente en Cataluña, donde el nacionalismo lo controlaba todo, principalmente los medios de comunicación públicos y algunos privados. Había que romper ese silencio, ese «oasis catalán». Nacimos en julio de 2006, y en noviembre había elecciones; nos quedaban tres meses y se nos ocurrió una campaña muy rompedora, una especie de todo o nada. O nos sale bien y esto es un éxito, o sale mal y nos vamos para casa. Fue una jugada arriesgada. ¿Cuál fue mi exigencia como candidato? Sin tener ni idea de política, con veintiséis añitos y viniendo del mundo de la empresa, la única condición que puse es que no fuera una horterada y que el mensaje que lanzásemos tuviera que ver con la campaña. No vas a poner a un tío desnudo de candidato y decir «Por una Cataluña mejor». El eslogan tiene que ser coherente, así que terminó siendo «Ha nacido tu partido», con el subtítulo «No nos importa ni la ropa que lleves, ni la lengua que hables ni dónde hayas nacido. Nos importas tú».

Plantear nacer sin etiquetas era rupturista respecto a los partidos de entonces, más tradicionales, y además se transmitía la idea de algo nuevo. El morbo de la campaña, aparte del desnudo, era que la gente se preguntaba: «¿Este tío es el candidato, o alguien que han cogido para el anuncio?». Tuvo una repercusión enorme y se demostró que fue un éxito, pero es verdad que era un arma de doble filo y que la campaña nos podía haber salido mal. De hecho,

hubo personas de nuestro partido que al principio no lo entendieron, aunque pronto se dieron cuenta de que se trataba del abrelatas que nos permitió ir a entrevistas y explicar nuestras ideas sobre lo que estaba pasando en Cataluña y lo que queríamos para España. Después tuvimos que compensar aquel impacto siendo muy serios a la hora de desgranar el proyecto y plantear el diagnóstico, tanto en la campaña como en las entrevistas. Aquello lo miro con orgullo, porque quizá no habríamos llegado a donde estamos si no hubiéramos roto el hielo. Desde entonces hemos demostrado que había un equipo y una solidez en el programa. Personalmente, he hecho lo posible para que no se me considerara un frívolo que salió una vez desnudo. Hay que picar mucha piedra, trabajar mucho, para ganarse el respeto, y creo que a estas alturas lo hemos conseguido. Hemos explicado nuestro proyecto en plazas muy complicadas, pero los resultados electorales nos avalan.

Las redes sociales se han convertido en la vía de comunicación más directa con los votantes y en un termómetro de tendencias. ¿Cómo las usas? ¿Qué te aportan?

Debería ser obligatorio que los cargos públicos del siglo XXI tuviéramos un *blog*, una red social y una dirección de *e-mail* a la que nos puedan escribir los ciudadanos, un contacto directo que permita saltarse los organigramas y los cuadros tradicionales de los partidos. Y es que se obtiene un valiosísimo *feedback* de toda esa gente que

se comunica contigo. Para mí, las redes sociales se han convertido en un instrumento fundamental para hacer política. Hay quien me dice que se pierde mucho tiempo con las redes sociales, que paso muchas horas del día en Twitter, en Facebook, colgando no sé qué en Instagram, escribiendo en el *blog*... Pero yo respondo que no pierdo el tiempo, sino que, por el contrario, lo invierto. En Cataluña hay un dicho muy conocido que dice *qui paga mana*. Quien paga manda. A mí el sueldo me lo pagan los ciudadanos, y es con ellos a quienes tengo que rendir cuentas, no a los compañeros de una ejecutiva o a un secretario general. Y qué mejor herramienta para hacerlo que la que me permite hablar directamente con quien me paga el sueldo. Por eso, tener un Twitter o un Facebook gestionado por uno mismo o un correo electrónico donde recibir propuestas de los ciudadanos, tener un *blog* en el que escribir y en el que recibir el *feedback* de la gente, es esencial. En este momento me costaría mucho hacer política sin mantener esa relación directa con los ciudadanos. No hay que volverse loco, pero es cierto que mejora el contacto, y también ayuda al control de los cargos públicos. Hoy día hay mecanismos que permiten saber si un cargo público quiere contestar o no a una pregunta, si un cargo público da la cara o no, cuál ha sido el voto de un cargo público ante determinada propuesta. Ahora, por suerte, es muy difícil esconderse, y lo mejor es estar expuesto y a disposición de la gente.

Además, hemos hecho de la necesidad virtud, porque cuando se dispone de menos recursos económicos y menos espacios en las televisiones que los partidos grandes, Inter-

net se convierte en el barrio más libre que existe, porque no hay barreras de entrada, no hay nadie que te diga lo que debes o no debes decir, lo que puedes o no puedes publicar. Y cuanto mayor libertad haya, mejor, porque entonces podemos competir en igualdad de condiciones. Nosotros no abrimos los telediarios, pero tenemos nuestra propia televisión en Youtube y Ciudadanos es el segundo partido de mayor influencia en Twitter. En Internet nos sentimos como pez en el agua, porque, de hecho, nacimos con un manifiesto que colgamos en la red y que la gente firmó en una página web, incluso antes de que existiera el partido. Ciudadanos no existiría sin Internet, porque si hubiéramos dependido de *El País*, de *El Mundo*, de *La Vanguardia*, de *El Periódico* o de salir en los informativos de TVE, nadie nos habría conocido.

Yo mismo manejo mis cuentas en las redes y cada vez tengo más seguidores, más de 200.000 en Twitter y más de 150.000 en Facebook. Quizá sea cada vez más difícil hacerlo personalmente, pero por ahora quiero que sea así. Y si algún día no puedo, adoptaré la fórmula de Obama, que distingue en sus cuentas cuándo contesta él y cuándo lo hace su equipo. Esa es la manera más honesta. Hay políticos que tienen un *community manager* para responder y gestionar sus cuentas, pero, en mi opinión, eso no aporta ningún valor añadido. Hablar de web 2.0 significa que hay dos partes que se comunican y que interactúan. En cambio, 1.0 supone que hay un solo emisor de información y los receptores son sujetos pasivos que no pueden compartir ni relacionarse. Si no tengo interés en interactuar con la

persona que tengo al otro lado, ¿para qué quiero estar en una red social? Muchos políticos todavía no han comprendido que las redes sociales no son instrumentos de campaña electoral, sino que hay que trabajarlas cada día. Y si no le das un valor añadido personal a tu perfil y acaba siendo una empresa o una máquina quien responde, la gente deja de seguirte. Reconozco que me apasiona el mundo de las redes sociales, supongo que es una cuestión generacional.

Si fueras presidente del Gobierno, ¿vivirías en la Moncloa o buscarías una ubicación más acorde con un nuevo líder?

Nada es imposible. Y lo digo porque ya me dijeron que era imposible ser candidato a la Generalitat, o ser candidato a presidente del Gobierno o presidir un partido que tiene una representación importante en España y no tener coche oficial. Me dijeron que eso no podía ser y, sin embargo, aquí estamos. Soy consciente de que la presidencia de un Gobierno requiere de ciertas medidas de seguridad, pero en la medida de lo posible me gustaría prescindir de ciertas cosas. Pero no por populismo, sino por comodidad. Durante dos años y medio, por seguridad, tuve que ir con escoltas y en coche oficial al Parlamento. Con todos los respetos por los conductores y escoltas, la verdad es que me sentía enjaulado. La sensación de libertad que se tiene cuando uno va en su propio coche, en moto, en transporte público, o cuando no tienes a alguien esperándote en la puerta para entrar o salir es impagable. Reconozco que uno de mis logros personales —aunque alguno de mis

compañeros me riñe— es poder llevar una vida normal. Es evidente que un presidente del Gobierno lo tiene mucho más difícil, y aunque me gustaría poder vivir en mi casa, soy consciente de las dificultades y de que muchos me recomendarán lo contrario. Pero planteo aquí otra reflexión: en Washington o en Londres los primeros ministros o los jefes de Estado residen en el centro de las ciudades. Con seguridad, pero en el centro de las ciudades. Aquí se planteó la posibilidad de que la familia real dejara el palacio de la Zarzuela y volviera al Palacio Real. A mí me parece positivo acercar las instituciones, convivir con la gente y quitarle un poco de hierro al asunto. Es una cuestión de actitud. Hay gente que me conoce y me para por la calle, pero utilizo el metro o el autobús, voy con los amigos de siempre a bares o restaurantes, a comprar al supermercado..., y nunca he tenido ningún problema. Y vivo en el centro de Barcelona, en un apartamento. Hay que luchar para normalizar esa situación. Algunos ejemplos también los tenemos en los países nórdicos. Se trata de una toma de conciencia de los ciudadanos, es respeto, convivencia, humildad y proximidad de los cargos públicos. Yo votaría a favor de que las casas del jefe del Estado y del presidente del Gobierno estuvieran en el centro de la ciudad.

¿Qué haces cuando no trabajas? ¿Tienes momentos sagrados solo para ti?

Cada vez tengo menos espacios reservados, pero todavía me quedan. El momento más sagrado es una tarde a la semana

con mi hija, además del fin de semana que me corresponde disfrutar de ella. Una vez a la semana intento escaparme para nadar o a hacer algo de ejercicio, y no solo por una cuestión física sino mental. Necesito esa vía de escape. Antes había también algunas cosas sagradas, aunque ya los son menos, como organizar salidas en moto con mis amigos durante los fines de semana. Lógicamente voy a menudo a ver a mis padres e intento compatibilizar mi agenda con la de mi chica para salir a cenar, al cine o a un concierto. Tengo que reconocer que mi equipo me ayuda un montón. Al principio, cuando empecé en política, me costó mucho. Quería abordarlo todo de golpe y me volqué al cien por cien. Dejé el deporte, la familia, los amigos, y creo que me equivoqué. Reflexioné y me di cuenta de que no podía seguir así, necesitaba tiempo para mí y para los míos. Porque antes de ejecutar hay que pensar. Hace unos tres o cuatro años cambié de chip y recuperé muchas cosas. Y hace unos dos años comencé a hacer *coaching*, que me ayudó a ver la vida con un poco más de distancia y a distinguir lo que me hace feliz de lo que no. He alcanzado ese equilibrio, aun cuando tengo más trabajo y responsabilidad que nunca, y seguramente tendré más. Pero soy feliz, disfruto de mi tiempo y consigo descansar. Me gusta mucho hacer una escapada al mes, o cada dos meses, con mi chica o con amigos por alguna parte de España o por el extranjero. Esto lo sigo practicando y no estoy dispuesto a renunciar a ello. Creo que es sano. Si algún día me hicieran escoger entre la política o ser feliz, tengo claro que elegiré lo segundo. Aunque hay un matiz a tener en cuenta: soy feliz haciendo política.

¿Cómo mantienes la salud mental con tantos aduladores que te han salido en cuanto Ciudadanos ha comenzado a subir en las encuestas?

Es como el anuncio de los Donetes: cuando subes en las encuestas te salen amigos por todas partes. Hay que saber distinguir los amigos de los interesados. Pero también hay que ser inteligente y aprovechar las oportunidades, y si de golpe y porrazo, por las encuestas o porque hay una ola de cambio en España y la gente cree en el cambio sensato que planteamos en Ciudadanos, te salen nuevos amigos, pues bienvenidos sean. Aunque la salud mental es quizá lo más difícil de mantener. Está muy relacionado con la inseguridad. Hay quien se siente atacado cuando le critican, incluso por los que le quieren, porque quien te quiere te critica y no te adula. Tengo la suerte de ser mi primer crítico. Soy muy autoexigente y a veces me castigo si cometo algún error. Aunque mis compañeros me digan que no lo he hecho tan mal, sé cuándo he metido la pata.

Pero hay otra cosa básica, y es el miedo a perder la silla. No hay mejor forma de mantenerse en un cargo que no tener miedo a perderlo. Si llego al Gobierno, intentaré hacerlo lo mejor posible. Pero si lo que intento o quiero hacer no funciona, pues me iré a casa y también estará bien.

Por otro lado, estoy en lucha permanente con mi agenda, porque hay que hacer encaje de bolillos para satisfacer las demandas de quienes quieren contarte cosas, ayudar, conocerte... Es importante saber delegar

y crear equipos. Uno de los retos que tenemos ahora en Ciudadanos es canalizar el talento y la ilusión. Tenemos una base de datos de casi 80.000 personas que han accedido a comunicarnos su profesión, su domicilio y su edad para inscribirse, ayudar y colaborar. Y eso es mucho trabajo. Tanto talento no se puede dejar en una base de datos o en un *e-mail*. Hay que poner a la gente a trabajar al servicio de un interés general de cambio. He transmitido esta idea a mi equipo y quiero que me ayuden, tanto ellos como profesionales de recursos humanos. Sé que es algo poco habitual en política, porque, de hecho, en política al talento se le suele expulsar. Pero una de las máximas de mi vida es seguir aprendiendo hasta el último día y, por tanto, quiero rodearme de gente de la que pueda aprender, que me pueda ayudar y asesorar. De otro modo la vida sería demasiado aburrida.

¿Qué *playlist* escuchas en el coche? ¿Tienes alguna canción asociada a momentos clave? ¿Cuál sería la banda sonora de Ciudadanos?

Soy bastante ecléctico. Depende mucho de mi estado de ánimo. La música suena permanentemente en mi vida, desde que me despierto y conecto Spotify en el móvil, en casa, o antes de un acto o de una entrevista importante. Me gusta aislarme con la música. Tengo listas de música española, rock internacional, música electrónica y *disc-jockeys*. También me gusta mucho el flamenco y los cantauto-

res: Sabina, Manolo García —el poeta de la calle y el poeta de la naturaleza, les llamo—, Fito y los Fitipaldis, Estopa... Cuando puedo voy a conciertos. Hace poco me fui con mi chica a Huesca a ver a Miguel Poveda, y también estuve escuchando a Vanesa Martín aquí, en Barcelona. La música en directo es otro mundo. Normalmente, si el artista es bueno, en directo se multiplica su efecto. Y si es malo, seguro que no lo escuchas más. En directo no se puede engañar a nadie.

Lo que no tengo es una canción de la que pueda decir «esa es mi canción». En mi época de nadador, cuando competía, antes de lanzarme al agua siempre me ponía el chándal, el gorro, las gafas y los auriculares. De ese modo te concentrabas en la prueba y la visualizabas. La música me ayudaba a visualizar. Por eso me gusta escuchar música antes de algún acto importante. Les pido a mis compañeros que me dejen a solas durante dos o tres minutos, y me preparo anímicamente. Ellos se ríen y yo les digo que la música amansa a las fieras. No escribo nada, tan solo trabajo la actitud, lo que quiero transmitir, y no tanto el contenido. Los contenidos o se tienen o no se tienen, lo mismo que las capacidades.

En Ciudadanos inicialmente tuvimos una canción de Loquillo, *El ritmo del garaje*, porque Sabino Méndez, uno de los impulsores del manifiesto de Ciudadanos, nos la cedió. Le pusimos otras voces y nos quedó una versión para nuestra formación, y después hemos ido utilizando *jingles* de campaña. La música me encanta, expresa tanto...

**¿Qué cuento le cuentas a tu hija cuando se va a la cama?
¿Eres bueno inventando historias o recurres a los cuentos clásicos?**

Soy más de inventarme historias, aunque tampoco es que lo haga muy a menudo. Tengo la suerte de que mi hija duerme con facilidad, así que no me da tiempo a contarle muchos cuentos. Ahora ya duerme en su cama, pero a veces se viene a la mía y disfruto mucho hablando con ella antes de dormir. Es cuando sale mi parte más emocional, esa que cuesta tanto expresar durante el día, así que aprovecho esos minutos y me la quedo mirando... Hablamos de lo que ha pasado en el día, o me invento una historia más o menos real y divertida, y ella se da cuenta y se ríe... A veces me pide que le lea un libro de cuentos, pero me duermo antes que ella. Prefiero las historias.

Uno de tus valores es la naturalidad. Siempre resultas espontáneo. ¿Es algo que fomentas? ¿Te ha traído problemas?

Hasta la fecha, no. A veces digo algo que no he pensado lo suficiente, pero creo que es uno de mis puntos fuertes y no quiero perderlo ciñéndome a un guion. Mis compañeros suelen gastarme bromas con mis discursos porque nunca los escribo. Alguna vez he anotado alguna idea en un posavasos, en una servilleta o en una tarjeta, y siempre hay jugua con los discursos de Albert en una servilleta. O pido un bolígrafo y un papel cinco minutos antes de empezar un acto porque me han venido dos ideas a la cabeza.

Creo que ayuda mucho el hecho de haber fundado este proyecto de la nada y haberlo puesto en marcha. Este cambio, esta tercera vía que encabezamos se parece mucho a lo que pienso, y cuando lo tienes todo en la cabeza, es más fácil. Quizá algún día tendré que depender más de discursos preparados, sobre todo si eres presidente, ministro o estás al frente de alguna institución, pero en principio soy bastante reacio a que me escriban los discursos. Si leo algo, pierdo el 80% de la espontaneidad y de la naturalidad de la que hablabas. Sí apunto ideas y ejemplos, pero nunca discursos seguidos, porque el lenguaje no verbal se resiente. Yo gesticulo mucho; cuando hablo, se me nota cómo estoy, mi estado de ánimo, y si leyera un discurso, se esfumaría la naturalidad.

El aborto es un debate que los partidos agitan cuando conviene. ¿Cuál es tu posición? En caso de que una hija te pidiera ayuda ante un embarazo no deseado, ¿qué harías?

No se puede legislar en un asunto como este obviando a la mitad de España, lo que significa que hacen falta pactos y consensos para modificar una ley como la del aborto. A pesar de las críticas a la ley anterior, tanto Felipe González como José María Aznar mantuvieron la misma durante dos décadas. No entro en si era mejor o peor, pero lo cierto es que no la cambiaron. Si Zapatero realmente quería corregir alguno de los supuestos, que eran un cajón de sastre y no quedaba claro qué se hacía desde lo público y qué se

hacía desde lo privado, podía haber buscado consenso. Pero no lo hizo, y se aprobó una ley de plazos con la que yo estoy de acuerdo. Porque es preferible una ley de plazos nítida y clara a un cajón de sastre. Sin embargo, hay aspectos en los que estoy en desacuerdo, y también lo dicen las encuestas, como el concepto de que es un «derecho». Creo que el aborto debería despenalizarse, pero no es un derecho. No hay ningún ordenamiento jurídico en Europa que diga que lo es. Es un supuesto despenalizado de un delito, pero no es un derecho fundamental de una carta de derechos. El derecho a abortar no existe. Lo que hizo el PSOE al considerarlo derecho fue un error. Habría que seguir la línea de Felipe González, que hablaba de despenalización de unos supuestos.

El otro punto en el que discrepo es el de los menores. No hay que tomar las decisiones por ellos, pero cuando tienen que tomar decisiones complicadas, los padres deben tener conocimiento de lo que se va a hacer, si bien puede haber casos concretos en los que un juez autorice que no se precise ese conocimiento. Y otro punto fundamental: la ley del aborto no es el principal problema, sino que se produzcan 110.000 abortos anuales. Ese ha sido el fracaso de la sociedad española y de los Gobiernos de este país, que en pleno siglo XXI haya un número tan elevado de abortos. ¿Cómo lo evitamos? La solución pasa por una buena educación sexual, una generalización del uso de los anticonceptivos y más información. Y también ayudando a quien quiere tener hijos, que tampoco es fácil. Solo debatimos sobre la ley, sobre los plazos de doce o catorce sema-

nas o sobre los supuestos. Es decir, la pancarta. Y hay que pasar de la pancarta a las políticas activas para que la gente sea capaz de tomar decisiones libremente. Aunque pueda parecer un poco fuerte, a menudo he comparado el tema del aborto con el de la guerra. No conozco a nadie a favor de la guerra, porque es un fracaso en un sistema pacífico. Pero la guerra tiene que estar regulada, incluso lo están las condiciones en que se declara una guerra o los derechos que deben respetarse. Del mismo modo, creo que el aborto hay que regularlo.

José Mujica, expresidente de Uruguay, contestó de una manera muy sensata a la pregunta de por qué él había regulado el aborto con una ley de plazos. Dijo, y suscribo, que no estaba a favor del aborto, porque el verdadero fracaso es tener que abortar. Y entonces hay dos opciones, o bien mirar hacia otro lado y pensar que no existe, lo que es una hipocresía y empuja a las mujeres a acudir a clínicas privadas a abortar o a hacerlo con métodos poco seguros, o bien definir en qué plazos y supuestos el aborto es legal y, por tanto, se debe practicar desde la sanidad pública, y en qué casos es delito y debe perseguirse.

Si me tocara gobernar, lo primero que haría sería implantar políticas activas para evitar el aborto, por delante de la ley, y segundo, si no se consigue, regulemos en qué condiciones se producen, qué asistencia pública debe darse y, finalmente, en qué casos es delito. En España vemos demasiado a menudo una política de trinchera proabortista y antiabortista, y te intentan situar en uno u otro bando. Reconozco que me siento muy incómodo en este tipo de

posiciones extremistas, porque, en realidad, es un debate médico que exige una gran sensibilidad. Si una hija mía quisiera abortar, en primer lugar, en la medida de lo posible, intentaría ayudarla si quisiera seguir adelante con el embarazo, y si no lo desea y está en uno de los supuestos que marca la ley, la apoyaría emocionalmente, porque es una persona libre que toma una decisión. Hay una respuesta de Obama que también me pareció de sentido común. Dijo que entre la gente que se manifiesta delante del Congreso contra la legislación del aborto seguro que hay mujeres que, pese a estar en contra, tienen una hija que quiere abortar y, por tanto, se verán obligadas a ir a una clínica privada o a practicar un aborto ilegal. Y ese será un mal trago. Por otro lado, seguro que entre las que están a favor también hay quienes se tengan que enfrentar a un aborto, y seguro que será un mal trago, porque un aborto es siempre traumático para una mujer. Lo que Obama pedía es comprensión, pues nadie es quién para juzgar la decisión de los demás. A mí no me verán detrás de una pancarta, ni de un lado ni de otro. Siempre digo que este asunto, lejos de esquivarlo, hay que hablarlo en profundidad.

Te declaras republicano pero alabaste el primer discurso de Navidad del rey Felipe VI. ¿Es una estrategia para gustar a todos?

Pues no, la verdad es que, como demócrata que soy, creo en los principios republicanos de la cosa pública, y pienso

que, para elegir a los cargos públicos, el mejor método son las elecciones. Pero vivimos en una monarquía constitucional y parlamentaria en la que el jefe del Estado no tiene poderes políticos, es un representante institucional. Siempre he defendido que mientras el rey de España no se meta en política, la cosa va bien. El jefe del Estado, que puede ser escogido por un método institucional a través de la monarquía, o por un método democrático puro mediante una votación, mientras cumpla con las funciones que le da la Constitución, no es un problema para el país. España tiene muchos otros problemas que solucionar como para sumarle un cambio de régimen político.

Claro que, si el rey lo hace mal, si la corrupción llega hasta la monarquía, si no hay ejemplaridad, mañana mismo propondremos la república. Sabemos que la monarquía se implantó para asegurar la Transición, sabemos que vivimos en una monarquía parlamentaria con un rey sin poderes, por suerte, pero no podemos olvidar que el rey de España no lo es por gracia divina, sino porque los españoles aprobamos una Constitución. Debe haber un control democrático de la figura de la monarquía, porque, desde un punto de vista democrático, no deja de ser anacrónica. Aun así, como muchos españoles, creo que el actual rey, Felipe VI, está cumpliendo con las expectativas que teníamos: ejemplaridad, sensatez, buena imagen del país, modernización... Yo he tenido la oportunidad de hablar con él cuando aún era príncipe y creo que es muy consciente de la delicada situación por la que pasa el país, y no solo desde un punto de vista económico, sino tam-

bién institucional. Él sabe que se tiene que ganar al pueblo español, y en sus discursos se leen entre líneas mensajes que van en esa dirección. Me parece sensato que el rey de España del siglo XXI se considere más un primer funcionario que un rey por gracia divina. Y en este sentido creo que Felipe conecta más, desde un punto de vista generacional, con esta democracia que lo que conectó su padre, aunque este tuvo un papel determinante en un momento concreto de nuestra historia. Por tanto, mientras Felipe cumpla las exigencias de la mayoría, no seré yo quien enarbole el cambio de régimen. Aunque tiene que saber, como todos los españoles, que los que mandamos somos los ciudadanos y que nosotros decidiremos si queremos monarquía o república.

Decía Marx que la religión es el opio del pueblo. ¿Profesa alguna religión? ¿Cómo se sitúa Ciudadanos frente a los distintos credos?

Como demócrata, creo en la separación de poderes, y no solo de los poderes judicial, legislativo y ejecutivo, sino también en la separación de Iglesia y Estado. No hay que confundir libertad religiosa con los privilegios de una determinada confesión religiosa. En España, como ocurre en cualquier país, hay una confesión mayoritaria, pero cuidado con los privilegios. Ni oigo mucho a los curas ni los persigo. Soy agnóstico, no soy creyente. Como decía Buñuel, me gustaría creer, pero no creo, así que no puedo evitarlo. Respeto mucho a la gente que cree, porque soy demócrata y

respeto la libertad religiosa, pero a veces, desde algunos partidos políticos, se intentan canalizar reivindicaciones religiosas que son legítimas en el campo de lo moral y de lo religioso, pero que chocan con la regulación civil de un país.

En 1979 hubo un pacto para que la Iglesia apoyara la Transición democrática a cambio de ciertos privilegios. Y esto debería regularizarse. Estoy a favor de que la Iglesia pague el IBI, como deberían hacerlo los partidos, los sindicatos y la patronal, que tampoco lo hacen. Privilegios para nadie. Estoy a favor de que las confesiones religiosas convivan en igualdad de condiciones, pero, insisto, sin esnobismos. Me considero una persona progresista, partidario de separar Iglesia y Estado, pero no comparto eso que algunos proponen de acabar con la Semana Santa o llamar «fiestas de invierno» a la Navidad. Es como decir que, en lugar de celebrar el día de Sant Jordi, celebraremos el día de Jordi. Es de risa. En Cataluña, el tripartito propuso quitar los belenes, cambiarle el nombre a la Semana Santa y a la Navidad y llamarlas «fiestas de primavera» y «fiestas de invierno», respectivamente. En mi opinión, por mucho decreto que firme el tripartito, la Navidad se seguirá llamando Navidad. Yo no soy creyente, pero conozco la historia de Europa, y la tradición judeocristiana es la de la mayoría de los países europeos, y eso me parece que no es incompatible con un Estado laico. Como digo, yo no soy creyente, pero soy consciente de que hay una inmensa mayoría de personas de tradición católica. Y no me incomoda. Es otro de esos debates que se crean artificialmente.